

*Guatemala, la República española y el Gobierno vasco en el exilio (1944-1954)*

Arturo Taracena Arriola. Ciudad de México: UNAM-El Colegio de Michoacán, 2017, 543 pp.

El historiador guatemalteco Arturo Taracena ha abierto un nuevo capítulo en la amplísima historiografía a que ha dado lugar la revolución guatemalteca de 1944-1954. En este caso se trata de la continuación de otros sendos estudios similares que le precedieron y se relacionan directamente con él. Ellos eran, por un lado, la selección de cartas entre figuras importantes de la denominada Primavera Democrática Guatemalteca recogidas en *El placer de corresponder* (2004) y en *La polémica entre el pintor Eugenio Fernández Granell, la agear y el grupo Saker-ti* (2015), donde el autor aborda algunos de los desencuentros ideológicos acaecidos durante el citado período.

Este nuevo trabajo publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio de Michoacán remonta sus inicios, como el mismo Taracena indica, a 1997, momento en que el autor fue informado por el entonces consejero político de la Embajada de Guatemala en Francia de la existencia de unos «documentos antiguos» en los «sótanos» de esa misión y que estuvieron a punto de ser «enviados a la basura por razones de espacio» (p. 13). Allí, entre aquellos «expedientes individuales» de republicanos españoles que solicitaban emigrar a Guatemala, estaba la punta del iceberg que habría de motivar la investigación ahora plasmada en este libro. Tras una primera etapa de relevamiento de las fuentes antedichas, esta fue completada recién en 2013. De la documentación surgió la existencia de una experiencia escasamente conocida: entre 1948 y 1952, los gobiernos revolucionarios guatemaltecos encabezados primero por Juan José Arévalo y más tarde por Jacobo Arbenz habían diseñado un «proyecto de acogida» que solidariamente estuvo destinado a salvar las vidas de un número nada menor de republicanos españoles que sobrevivían en Francia.

En los años siguientes, mientras el autor participaba de otros proyectos y publicaciones relevantes para la historiografía guatemalteca y centroamericana, nunca dejó a un lado la necesidad de escudriñar más a fondo en la historia que parecía advertirse en aquellos expedientes parisinos. Así, completó una labor de consulta de 22 archivos —públicos y privados—, centros de documentación y bibliotecas de seis países en nueve ciudades hasta 2017. A ello

le agregó 17 entrevistas, de las cuales recibió nueve comunicaciones o testimonios escritos. Sustentado en sólidas bases empíricas y mediando la ya probada habilidad del autor para entretejer un relato ordenadamente hilvanado, el trabajo ilustra acerca de un tema prácticamente desconocido en la historiografía latinoamericana. En la segunda parte del libro el autor lo reconoce y lo señala al momento de dialogar con la producción relativa al campo, y cuyos aportes más conocidos provienen fundamentalmente de México. En ese sentido se destaca notoriamente la imbricación del objeto de su investigación dentro de temáticas más amplias como son la historia diplomática, de las relaciones internacionales y de los exilios en América Latina, este último un terreno en notoria expansión durante los últimos años.

De cinco partes se compone el trabajo; la primera versa sobre las relaciones de Guatemala con el gobierno de la República española y el Gobierno vasco en el exilio. Taracena describe los intensos esfuerzos llevados adelante por cuatro dirigentes revolucionarios desde sus puestos de representación de Guatemala en el exterior, fundamentalmente en Francia y Portugal, para intentar echar a andar el «modesto» pero «sincero programa de inmigración» (p. 115). En la segunda parte del libro el autor prosigue en su esfuerzo y se adentra en las no pocas complejidades que implicó el programa guatemalteco, siempre teniendo como referencia el cercano y más masivo ejemplo mexicano. Para la tercera parte del libro, Taracena muestra las vicisitudes, esperanzas y también dificultades que supuso para unos 120 españoles el traslado y la vida en un país centroamericano que, más allá de su solidaridad, se encontraba asediado externamente tanto por Estados Unidos como por las dictaduras vecinas. El entorno hostil y la intensidad del intervencionismo estadounidense, convencido este último desde setiembre de 1953 en deponer a Arbenz del poder, implicaron nuevas tensiones para aquellos exiliados europeos residentes en la «tierra del quetzal» que debieron resistir las acusaciones del Departamento de Estado y de la CIA antes de emprender, tras el golpe de junio de 1954, un nuevo y doloroso destierro, cuyos desvelos y penurias son descritas en la cuarta parte. La quinta y última sección del trabajo amerita cierto detenimiento. En las casi cien páginas que la componen aparecen —y es de celebrar— cuidadosamente elaborados los rasgos biográficos de cuatro exiliados, aunque a la «memoria de todos ellos se han dedicado decenas de horas de trabajo invertidas en lograr una narración convincente» (p. 24). Previo a sus presentaciones, el autor discute en forma muy convincente las cuestiones relativas a las tensiones

entre la memoria y la historia. Lo hace de manera sólida en tanto necesita responder hasta qué punto los testimonios y correspondencia escrita que componen el abanico de fuentes primarias están condicionadas por el pasado político: «¿A cuántos de ellos su trágico pasado político les permitió rememorarlos sin alteraciones?» (p. 353). En ese sentido Taracena indica su deuda y acuerdo con la perspectiva asumida por el historiador español Chris Ealham, quien en su trabajo sobre la Guerra Civil Española asumió una reconstrucción del pasado desde una perspectiva metodológica que mantuviera «un sentido antropológico», es decir, que también incorporase críticamente biografías, autobiografías militantes y entrevistas (p. 15). Para finalizar, el libro también cuenta con un anexo documental y fotográfico de cuarenta páginas.

Si bien en términos comparativos es acertada la definición del autor en cuanto a que los 120 inmigrantes confirmados —cuya cifra puede ascender hasta 180— constituyen una «modesta cifra» (p. 21), no debe dejar de señalarse la relevancia de una iniciativa solidaria, altamente sensible ante los difíciles avatares de un momento particularmente trágico en la historia de la humanidad y sobre el cual existe un «profundo desconocimiento» en la historiografía internacional (p. 21). Por todo lo expuesto y mucho más por el resultado del trabajo, el libro de Taracena contribuye a llenar un importante vacío y, a la vez, como el autor subraya, viene acompañado del deseo de que se transforme en un fuerte acicate para las nuevas generaciones de historiadores centroamericanos.

**Roberto García**  
Universidad de la República